

ellas á las robustas concepciones de la arquitectura, á las mágicas creaciones del pincel, á los portentos debidos á la escultura y estatuaria; temió sin duda — y así hubiera en efecto sucedido — dejar manca su obra predilecta si generoso no acogia y amparaba bajo el mismo techo á la literatura y á las ciencias. Por esto creó un Seminario destinado á la enseñanza interna y externa de las ciencias eclesiásticas y una Biblioteca que pudiera ser algun dia por sí sola tan célebre como el mismo monasterio.

El Seminario ha desaparecido ya con la comunidad religiosa que le sostenia, pero la Biblioteca existe aun para honra de España.

Hállase colocada en un espacioso y bellissimo salon de los mejores de su especie en toda Europa, que cuenta de largo 194 piés y 32 de ancho. La magnífica bóveda rasgada esbeltamente por toda su tirantez sin columnas ni otro apoyo, reposa con gentileza en las macizas paredes de uno de los lienzos del atrio de los reyes, y otro del exterior que forma la fachada principal ó de Poniente, y está engalanada con frescos debidos á los fecundos pinceles de Peregrin y de Carducho. La colocacion de la Biblioteca en esta parte del edificio es muy adecuada y ventajosa, porque bañándola sucesivamente el sol desde que sale hasta que se pone, la alumbra por una ú otra parte, escepto las horas del mediodia que, siendo tanta la claridad, no lo ha menester. La estanteria hecha toda de maderas finas es un bello y delicado trabajo desempeñado por el italiano José Flecha, bajo la direccion de Juan de Herrera; toda esta fábrica es de orden dórico muy galano y concluido.

Se nota al principio con estrañeza, por ser contra la costumbre universalmente seguida, que todos los libros encuadernados lujosamente y colocados por primera vez cuando la creacion de la Biblioteca, tienen dorado el corte de las hojas, escritos sobre él los respectivos títulos, y colocados los cantos hácia fuera. Hízose así no solo por la mejor vista que ofrecen los cortes dorados con elegancia y esmero, sino tambien porque además de haber de esta suerte mucho mayor número de libros, se rozan y estropean menos y se colocan y sacan mas fácilmente entrándolos por el dorso, que es menos abultado, que por el canto de las hojas, siempre de mayor anchura.

En los testeros de ambos lados, por encima de la cornisa, y en toda la estension de la bóveda, simbolizó Peregrin de Peregrini los conocimientos humanos en buenas y bien entendidas figuras, aunque de proporciones un tanto exageradas que las presentan á los ojos del espectador de muyor bulto y tamaño que debieran. Comenzó por la filosofia á la cual siguen la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la música, la geometría, la astrono-

mía, y finalmente en el medio punto del otro testero la teología, por manera que se van trillando y recorriendo las sendas del saber humano hasta venir á parar como cima y reposo de todos los conocimientos á la ciencia divina y revelada. Dióse lugar en estos frescos á los personajes históricos mas célebres en cada ciencia ó arte, cuidando de poner siempre entre ellos algunos de los varones españoles de mayor celebridad, bien que sin guardar orden alguno cronológico en los tiempos, ni en las épocas, porque no era este el objeto del pintor. En los compartimentos destinados á marcar la separacion respectiva entre las figuras que personifican los diferentes ramos de sabiduría, se admiran elegantes grutescos y follages de oro, hermosos paños y almohadones, lindisimas fajas y colgantes, figuras caprichosas y difíciles que entretienen la curiosidad, y ensanchan y deleitan el ánimo con tanta variedad de primores y belleza.

Al pié de la bóveda y á la manera de una base robusta labrada para sostenerla, corre una cornisa del mejor gusto, radiante como una ascua de oro, sobre la cual se dibujan líneas, filetes y follages de claro oscuro de gracioso relieve y apacible efecto. Por debajo de esta cornisa hasta lindar con los estantes, hay varios pasages, pintados asimismo al fresco, de mano de Carducho, alusivos todos á las figuras principales que se contemplan en la bóveda, con las cuales se notan en juego y armonia.

Sirven tambien de adorno y dan mayor interés á la Biblioteca cuatro retratos de cuerpo entero, que son: en primer lugar los del Emperador Carlos I, y Felipe II, su hijo, obra entrambos de Juan Pantoja de la Cruz y buenos como suyos, con especialidad el de Felipe, hecho ya en edad avanzada y achacosa, que no solo espresa fielmente su fisonomía y exterior aspecto, sino que encierra para quien le contempla con prolijo exámen un soplo de alma, del carácter y de la severa condicion de aquel monarca; y despues, los de Felipe III y Carlos II, el primero asimismo de Pantoja, mozo en edad y bello en apostura; y el otro de Carreño Miranda, que representa la frágil organizacion y el ánimo apocado y tibio del último monarca de la casa de Austria.

A lo largo del pavimento formado con pulidos mármoles de colores contrapuestos, se hallan colocadas varias mesas, unas de igual piedra y otras de pórfido, que para que nada huelgue en esta oficina arreglada con esmero, encierran libros en su seno, y sostienen sobre sí esferas astronómicas y globos celestes y terrestres.

Completan, por último, el ornato de esta Biblioteca, un antiguo busto de

Ciceron, bastante maltratado, pero de indudable mérito, labrado en mármol blanco; un retrato de Juan de Herrera, si hemos de dar crédito á la inscripcion que tiene al pié; la efigie del primer Bibliotecario el célebre escritor Arias Montano; la del P. Ceballos, de la Orden tambien de San Gerónimo; dos retratos que se dicen de los reyes Católicos, aunque no deben serlo en mi concepto; una curiosa tabla con varias aves, flores y animales, pintada al temple por Alberto Durero, regenerador de esta arte encantadora en Alemania; dos bajos relieves que representan el frente y dorso de la medalla que acuñó Jacobo de Trezo en honor de Juan de Herrera, y la cabeza del marino Don Jorge Juan formada en yeso.

Hecha esta somera descripcion de la Biblioteca y sus adornos, diremos algo de cómo se formó y ha ido enriqueciéndose hasta llegar á los 30,000 volúmenes poco mas ó menos que constituyen hoy su dotacion. Como se vé, no es la copia y número de libros la circunstancia que dá una celebridad europea á la Biblioteca Escorialense; débela á sus antiguos códices y preciosos manuscritos, á lo escogido de las obras, y al nombre y fama de los personajes que las poseyeron antes, género de ilustracion que no deja de entrar por mucho en el aprecio que hacen de ellas los hombres consagrados á las letras.

La base y origen de esta preciosa librería fué la del mismo Felipe II, la librería particular del monarca fundador, rica de 2000 volúmenes, cuyo índice se conserva como dato curiosísimo: en él se ven rayados y anotados de su propia mano los libros que fué dando sucesivamente y en diversas ocasiones, entre los cuales los hay muy raros y de grande estima. No fué perdido el ejemplo del monarca, que prueba cuan alto y ventajoso concepto tenia de las ciencias y las letras: imitáronle noblemente Don Diego de Mendoza, embajador que fué en Venecia y luego en Roma, hábil estadista, ilustre caballero y persona de varia literatura y claro ingenio. Cuando otorgó su postrera voluntad este personaje, dejó al rey su librería, que era escogida: y sea que hiciese alguna indicacion sobre el particular, segun se cree, ó de propio movimiento, Felipe II la mandó trasladar al régio monasterio. Al aceptar un legado tan digno y tan honroso hubo de proceder el monarca con la nobleza genial de su carácter, satisfaciendo las deudas de Mendoza, y llenando todas las mandas y obligaciones del testamento, como piadoso heredero de la parte mas rica de su herencia. Agregóse mas tarde la del célebre Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, honor de las letras españolas por su profunda erudicion y

buena crítica, tambien de mucho precio, no solo por sus obras, sino además por la curiosa coleccion de monedas y medallas de todas épocas, entre ellas muy remotas, que la daban gran mérito y realce. El Obispo Don Pedro Ponce de Leon, que habia penetrado á fuerza de constancia y celo hasta las fuentes y orígenes mas puros de la buena y venerable antigüedad, sobre todo en las cosas eclesiásticas, cedió tambien muchos orijinales griegos y latinos, ofreciendo y juntando otros varios particulares de nota, segun testimonio del venerable padre Sigüenza, de quien hemos tomado la mayor parte de estos datos, mientras el rey, siempre solícito é infatigable, mandaba buscar los de mas interés y mayor precio, dentro de las Españas en todas sus provincias y dominios, que eran vastos, y fuera de ellos, en Italia, Flandes y Alemania. Por otra parte, los escritores contemporáneos mas nombrados se complacian en consagrar á esta Biblioteca sus manuscritos inéditos; así es que se encuentran entre los muchos que posee, bastante número pertenecientes al conocido escritor Ambrosio Morales, al doctor Juan Paez de Castro y al jurisconsulto Julio Claro, con otros hombres doctos. Los hay tambien del padre Benedicto Arias Montano que enriqueció la coleccion con algunos originales antiguos de su caudal, hebreos, griegos, y arábigos.

Otro de los aumentos mas de notar que recibió esta Biblioteca con el tiempo fué el de 3,000 volúmenes arábigos trasladados á ella en el reinado de Felipe III y apresados con la nave que les conducia á principios del siglo XVI por el gobernador Pedro de Lara. Corriendo este el mar de Berbería, tropezó con dos naves que llevaban á su bordo la recámara y librería de Muley Zidan, rey de Marruecos y habiéndolas rendido, se hizo dueño de los 3,000 volúmenes citados, iluminados y escritos con gran primor y costa. Sintió tanto el príncipe berberisco esta pérdida, que ofreció al monarca 60,000 ducados de rescate como se le devolvieran los libros. Pero Felipe III consultando su dignidad y decoro, le exigió otro rescate mas noble y piadoso, intimándole que entregase en cambio de sus manuscritos y coranes, pues los estimaba en tanto, todos los cautivos cristianos que se hallasen en su reino. Parecióle sin duda demasiado singular el trueque á Zidan para acceder á él y los volúmenes se trasladaron por lo mismo á la Biblioteca del Escorial donde años despues perecieron casi todos á impulsos del horroroso incendio de 1671 que duró 15 dias causando terribles estragos en una buena parte del edificio.

Baste lo dicho por lo que hace á su historia y formacion. Imposible es enumerar aquí todos los manuscritos dignos de referencia, algunos de los cuales al-

canzan la mayor estimacion. El lugar para guardar estos manuscritos es la Biblioteca alta, llamada así por estar sobre el salon principal; tiene buena ventilación, mucha capacidad y hermosas luces, pero no está tan rica y lujosamente decorada. Embellécela sin embargo un adorno de mucha prez y valia, cual es una coleccion de retratos de españoles célebres, entre los que recordamos haber visto al Tostado, á Pellicer, á Lope de Vega, á Calderon de la Barca, á Quevedo, á Zurita, á Antonio Perez, á Nebrija y al famoso Torquemada entre muchos que no tenemos presentes en este instante.

Decíamos pues que se conservan allí preciosos manuscritos en número de unos cinco mil entre los que sobresalen algunas preciosas Biblias de diversas épocas é idiomas, algunos originales de Santa Teresa de Jesús, otros de San Juan Crisóstomo y San Agustin, varios códices de rara antigüedad y mérito, concilios, decretos y cartas de Pontífices y otras obras eclesiásticas de diversos tiempos y caracteres antiguos.

Hay tambien un *codice aureo* que contiene los cuatro Evangelios escritos sobre pergamino en letras de oro y, entre innumerables preciosidades, un Ptolomeo muy bien conservado, varios devocionarios de singular gusto y belleza que, segun tradicion, pertenecieron á los reyes Católicos y á Carlos V; un manuscrito de San Amadeo; una carta original de San Vicente Ferrer; manuscritos persas; cierto número de libros chinos, y por último infinidad de volúmenes de gran valor con estampas, diseños y dibujos, muchas de las cuales son obra de Rafael, Miguel Anjel, Alberto Durerero, Lucas y Francisco de Olanda ó Leyden, Pedro Bughel y otros artifices famosos.

Júzguese, pues, si es usurpada la celebridad europea de que goza esta Biblioteca.

V.

EL PALACIO.

FATIGA verdaderamente contemplar tantas maravillas, y el viajero, sacio ya de encontrarse sumergido en aquella especie de Pactolo de las artes, cansado ya de no volver á ningun punto la vista sin tropezar con una obra maestra, apenas concede una atencion indiferente al colegio y á su *sala de los secretos*, que así se llama por oirse en cualquiera de los ángulos lo que se habla en voz baja desde el opuesto, sin que lo perciban los que están en medio; y atraviesa con paso rápido las bellas habitaciones del seminario.

Le aguarda el palacio y con él un nuevo tesoro de sensaciones, un nuevo ramillete de obras portentosas y de pinturas admirables.

Ya en la primera pieza nos encontramos con cuadros del Españoleto y con paisajes de Jordan. Las habitaciones del rey contienen el despacho, un gabinete, la pieza de vestir, el oratorio, la sala de corte y la pieza de villar todo con tapicerías españolas ó flamencas, con sillerías y colgaduras de graves colores, con techos preciosos, con bajos relieves admirables, con pavimentos riquísimos de embutidos, con cuadros, bronce, mármoles, tisús, damascos, marfiles, aguadas, miniaturas, pizarras y otras cien y cien preciosidades que no se cansan de admirar.

Las habitaciones de la reina corresponden á su celebridad, y los viajeros se paran á contemplar largo tiempo en su oratorio una tabla de Juan de Juanes y en su tocador un techo de Francisco Lopez.

Nada de mas deliciosa coquetería que el cuarto de la infanta con sus tapicerías chinescas, con sus colgaduras azul celeste, con sus pabellones verdes, amarillos, y carmesíes; nada mas rico que los cuartos de los infantes con sus